

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L

San José, Costa Rica

1958

Mayo

Nº 5

Año 36 — Nº 1185

Mis Recuerdos de Juan Ramón Jiménez

Por Luis Alberto SANCHEZ
(Envío del autor)

Mis primeros recuerdos de Juan Ramón Jiménez datan de 1916; mi conocimiento amistoso de él, sólo de 1951. Lo primero se lo debí a mi amigo Eloy Espinoza Saldaña, con quien no he saldado aún tal cuenta; lo segundo, a mi mujer.

Los Días de «Colonida»

En 1916, estaba de moda el Paseo Colón, en Lima. Por la tarde, hacia la hora del véspero, se poblaba de carruajes y peatones. Naturalmente, nosotros, los estudiantes estábamos entre los últimos. Cerca, como antesala, brindaba la sombra de sus viejos ficus y sus bancas rústicas, en torno a un Neptuno imbatible, el Parque de Neptuno. Allí se reunían Valdelomar y sus admiradores y compañeros a cambiar frases ingeniosas, lecturas de cuentos y poemas, planear revistas literarias y divulgar chismes políticos. Yo cursaba mi último año del Colegio de los Sagrados Corazones, pero mis amigos estaban ya en la Universidad. Me debatía en una intensa fiebre literaria. Leía como un desesperado, todo cuanto caía entre mis manos. Eloy, hermano de Adán, que hizo famoso el seudónimo de «Juan del Carpio», nos llevaba la ventaja de disponer de la selectísima biblioteca de aquél. El fué quien nos dió a leer «Arias tristes» y «Jardines lejanos», en unas ediciones pulquérrimas, en cuyas primeras páginas se registraba una pieza musical. Ahí aprendimos el sortilegio de los «malvas», «rosas», «resedas», «parques», «alamedas», «lunas», «pianos», «boscajes», que alimentaban los ensueños de Juan Ramón. Era el año de la muerte de Rubén Darío, de que nos alivió la presencia de Jiménez. No lo habría éste pedido mejor: cruzarse en el camino de Darío, a quien amó tan tiernamente y a quien celó sin duda. Desde entonces tuve en los oídos y la retina la vaga música y los suaves paisajes de Juan Ramón Jiménez.

Sorprendió la muerte a don Joaquín García Monge el 31 de Octubre 1958 a los 77 años de su vida.

Devotamente ponemos en sus manos la última selección de lecturas que el Maestro «hasta el fin de sus días» compuso para los lectores que en tantos sitios apreciaron su original y esclarecida guía.

Sin par «Promotor de Cultura» fué!

El presente tomo se terminará con un número especial el 20 de Enero 1959, aniversario de don Joaquín, editado por su hijo.

E. G. C.

J. R. J. en Puerto Rico

En 1951, profesaba yo en la Universidad de Puerto Rico. El Rector Benítez, el mismo que, con fineza ejemplar me anunció por cable el deceso de Zenobia, primero, y de Juan Ramón, después, nos había anunciado como inminente la llegada del poeta. Nos habíamos cruzado en Buenos Aires, sin vernos, dos años antes. Como Juan Ramón era tan difícil, tan delicado y áspero a la vez, y como yo dispongo de cierta capacidad de premonición, me parecía que no íbamos a simpatizar. Creo que no me equivoqué del todo. Pero, mi mujer, por intermedio de Zenobia, de quien fuera amiguísima, nos acercó. Fuimos jun-

tos a verle, una tarde en su casita de Santurce. Estaba Juan Ramón de blanco: traje, camisa, corbata, rostro y, aunque tachonada de ceniza, las barbas. Los ojos brillaban profundos y penetrantes. Ojos de niño, afebrados. Nos ofreció una bebida fresca que él mismo fue a traer de la refrigeradora, mientras Zenobia disponía de otro agasajo. Hablamos de América, claro. El me dijo que nuestro mejor descubrimiento literario seguía siendo para él, la prosa modernista y el cuento. Yo le referí que estaba en conversaciones con Jorge Mañach y con Carlos Bousoño, indistintamente, para hacer una antología del ensayo y de la prosa literaria modernista, respectivamente. Aplaudió la idea, con sus naturales reticencias. Como decía un amigo común: «Cuando Juan Ramón hablaba mal de algo, lo hacía muy bien». Lo hizo optimamente.

Después nos tratamos más. Zenobia acudía a menudo por mi barrio, para irse de compras con Rosa, y se entretenían en hablar de las mil cosas inaccesibles de que suelen hablar las mujeres. De cuando en cuando Juan Ramón, que acompañaba Zenobia en el auto que ésta guiaba, me daba audiencia. Lo hacía con dulzura y señorío. Empezamos a ser amigos.

La Muerte amiga

Pero, Juan Ramón vivía obsesionado por la idea de la muerte. Eso tenía muy larga data. Don Luis de Zulueta, que le conoció en Madrid, allá por principios de siglo, es decir, cuando el poeta tenía veinticinco años me refería que ello fué en el consultorio de un médico, al que el joven recién llegado de Moguer y de París, iba a consultar a propósito de una real o supuesta enfermedad al corazón, de que mentalmente no se curó jamás. Una de las más peregrinas anécdotas de Jiménez se refiere a esa obsesión suya, y a la presencia en su Casa de Huéspedes de la Universidad de Puerto Rico, del poeta y filósofo chileno Luis Oyarzún. Pero habrá tiempo de referirla. Mientras tanto, Zenobia desmejoraba. Mi mujer me dijo un día